

Tras el sol de Cartagena

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

1.ª Edición.

© Ana Ballabriga y David Zaplana, 2007.

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. +34 976 106 300
Fax +34 976 106 301
www.maghenta.com

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús.

Depósito Legal: Z-041/07.
I.S.B.N.: 84-935490-4-5.

Impreso en Zaragoza, España.
Talleres Editoriales Cometa.

Tras el sol de Cartagena

ANA BALLABRIGA

DAVID ZAPLANA

maghenta
EDITORIAL

*A Javi Galindo y a sus padres, Víctor y Antonia,
para que no se cansen de luchar.*

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar nos gustaría dar las gracias a toda la gente que nos ha ayudado a recopilar información para escribir este libro:

A los guías de la empresa Cartagena Puerto de Culturas, como Pepe Martínez y Rosa Ferrer, que muy amablemente nos han atendido y nos han ayudado a mejorar nuestros conocimientos sobre Mastia, Qart-Hadash y la ermita de San José.

Así mismo:

A los guías del Ayuntamiento de Cartagena, por sus explicaciones sobre el Anfiteatro.

A la gente del Museo Arqueológico Municipal, por atendernos tan amablemente y explicarnos lo que hemos necesitado sobre Mastia, los Cartagineses y los Romanos.

A la gente de la Biblioteca y del Archivo Municipal.

A la delegación del diario «La Verdad», de Cartagena.

A D. Jorge Juan Colomer, socio del Casino de Cartagena, D. Juan Mediano Durán y D. Ángel Roy por la información aportada sobre la Guerra Civil y el Molinete.

A Fotos Rym, por la información sobre fotografía antes de la Guerra Civil.

Al archivero D. Vicente Montojo, por su información sobre la ermita de San José.

Todos ellos viven, trabajan o se interesan por la historia de Cartagena.

Todos ellos nos han ayudado. A todos ellos muchas gracias.

También queremos agradecer a todos los pacientes lectores que han hecho el ánimo de revisar el libro y ayudarnos a mejorarlo:

Nuestros padres: Serafín Zaplana y Héctor Ballabriga.

Y nuestros amigos: Achim, Antonia y Marga.

NOTA DE LOS AUTORES

Este libro es una novela, por lo tanto, aunque hemos utilizado localizaciones y comercios reales de la ciudad de Cartagena, todos los personajes, incluidos los dueños de establecimientos públicos y su forma de actuar, son producto de la imaginación de los autores.

Sus pasos eran acelerados y sus manos se estrujaban nerviosas bajo la capa negra que lo protegía del frío. Hacía ya casi seis horas que el sol había cedido su trono al astro musulmán, que avanzaba navegando sobre un mar azabache. La calle se estrechaba a su paso, como un corredor al Infierno, bajo los balcones azules que refugiaban ojos furtivos, ávidos de cotilleos y reyertas. Se cruzó con algunos marineros que cantaban y alborotaban tambaleándose. Salvador intentaba evitarlos, pues sabía que con su metro sesenta no podría salir muy bien parado si se producía una trifulca. «Un amor en cada puerto... aunque sea pagando», pensó. Al fin y al cabo las prostitutas de Cartagena eran conocidas incluso fuera de las fronteras del país.

Ganó la calle Falsacapa hasta la calle de la Aurora y se detuvo un momento ante el Café La Puñalá. Dudó. Quería calmar los nervios con un trago, pero ni el nombre ni el aspecto de su fachada le daban confianza, aunque había oído que no era de los antros más peligrosos de la zona. Mientras se decidía vio al sereno que se acercaba.

—¿Está buscando algo?

El sereno era Domingo el Muelas. Lo conocía de oídas: un hombre rudo que desde hacía años era amante de la Cañí, una de las principales competidoras de Caridad *la Negra*. La gente del barrio lo apreciaba mucho debido a su habilidad para detener disputas. Según contaban, manejaba el chuzo con una maestría pasmosa y su truco consistía en pegar un certero golpe en la espinilla a cada uno de los alborotadores, dejándolos fuera de combate.

—Sí—Salvador mostró una pitillera con varios cigarros liados y tras ponerse uno en la boca alargó la mano hacia el Muelas—. ¿Gusta?

Domingo cogió uno agradeciéndoselo con un gesto de cabeza y sacó una caja de cerillas.

—¿Dónde está El Gato Negro?—Preguntó Salvador, mientras el Muelas le acercaba la cerilla. Había oído hablar de ese sitio y pensó que sería mejor elección que La Puñalá.

—Usted no viene mucho por aquí, ¿verdad?

—No, es la primera vez.

—Eso está bien. Está unos metros más *palante*—el Muelas escupió una bocanada de humo que resplandeció bajo la luz del candil y apagó la cerilla que ya se acercaba peligrosamente a sus dedos—. Está justo ahí, en la Cuesta del Maestro Francés.

Salvador había oído nombrar esa calle, llamada así porque hacía años un tal Nicolás Fuscal puso una escuela para enseñar su idioma natal. Fijó la vista unos instantes: El Gato Negro.

—Vaya, gracias. La noche refresca y apetece un trago para caldear.

—Eso está bien.

—Sí —confirmó Salvador—. Parece que hay jaleo esta noche, por aquí será lo habitual.

—Pues no —el Muelas resopló un torrente de humo amarillento y de inmediato volvió a succionar el cigarro. Salvador nunca había visto a nadie fumar de esa forma—. Eso quisieran las furcias. Ayer llegó un barco mercante. Por lo visto viene de Inglaterra.

—Ya. Y los marineros siempre arman jaleo, ¿no?

—Pues depende. A veces hay que tener más recelo de los hombres que parecen de bien.

El Muelas ya estaba terminando su cigarro y Salvador pensó que era un buen momento para continuar su camino, el hombre le ponía un poco nervioso.

—Bueno, amigo, gracias por la ayuda y a pasar buena noche.

—De nada, hombre.

Cuando Salvador entró en El Gato Negro se sentó en una mesa y pidió una copa de coñac, pero el camarero le sirvió un brandy y en vaso. Frunció el ceño y pensó en protestar, pero decidió que era mejor no buscar líos. Saboreó el alcohol de la bebida y tuvo que escupir tras el primer trago. Se relajó observando a dos chicas bailar en el pequeño escenario y a los hombres gritar y silbar excitados. El segundo trago le sentó mejor y comenzó a experimentar un hormigueo placentero en los brazos y las piernas. No podía creer que realmente estuviera tan cerca. ¿De verdad podría conseguirlo? Y lo que era aún más importante, ¿serviría para algo? Le quedaban algunas cosas por averiguar, pero tenía un buen presentimiento.

Observó el ambiente con detenimiento. Despreciaba a toda aquella gentuza. Aunque, por otra parte, le gustaba mirarlos y pensar que él estaba muy por encima de ellos, que era miles de veces mejor que cualquiera de los que se encontraban en aquel bar. Salvador era maestro en las Escuelas Graduadas. Hasta principios del siglo XX la educación se había consumido en unas condiciones pésimas, dando lugar a un enorme índice de analfabetismo. Los maestros, que vivían de la caridad de la gente, se veían obligados a dar clase en sus propias casas careciendo por completo de condiciones pedagógicas o higiénicas. Niños de todas las edades se hacinaban en una misma estancia oscura y maloliente. Fue a finales del XIX cuando en Cartagena se creó un movimiento de lucha por la mejora de la educación, viajando a otros países para captar ideas. Así se fundaron en Cartagena las primeras Escuelas Graduadas de España. Era un edificio público donde los maestros desempeñaban su trabajo, con un sueldo pagado por el Ayuntamiento. Además, se creó una estructura educativa, agrupando por primera vez a los alumnos por edades y conocimientos, permitiendo así una educación más eficiente.

Fue un tremendo avance y ahora Salvador se beneficiaba de él y disfrutaba de una posición de poder y respeto que le había permitido comenzar a hacer sus pinitos en política. Si todo iba bien pronto sería alcalde de la ciudad y el asunto que traía ahora entre manos, sin duda, lo ayudaría considerablemente a conseguir ese objetivo.

Apuró la bebida y salió del bar alcanzando enseguida la calle del Adarve. Allí se situaba una de las entradas a la casa de Caridad *la Negra*, según le habían informado; la otra era por la calle San Vicente. Cuando llamó a la puerta fue la misma Caridad quien le abrió. Observó la cara risueña y agradable de aquella mujer de cincuenta y seis años, que aún se mantenía atractiva y enérgica. Había sido una de las prostitutas más famosas del barrio, tanto por sus artes amatorias como por ejercer de musa del pintor Wssel de Guimbarda.

—Adelante, buen amigo —lo invitó sonriendo.

Entró en una sala ricamente decorada: luces de colores, telas alegres y espejos. Se trataba de un decorado carnavalesco preparado para el arte de la seducción más barata.

—¿Quiere tomar una copa mientras conoce a nuestras chicas?

—No, gracias —Salvador introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta.

Verá, ya sé a qué chica quiero.

Le mostró una foto. Caridad le regaló una sonrisa pícaro.

—Le gustan las niñas inocentes, ¿eh?

Salvador no contestó, se limitó a buscar a la muchacha por la estancia. Caridad se adentró por la puerta de la derecha y gritó suavemente:

—Lali, cariño, baja un momento. Un amigo ha venido a verte.

Salvador esperó junto a la barra, observando a los hombres beber, acompañados de chicas que los abrazaban y toqueteaban sin dejar de reír. Se fijó en un marinero no muy alto, con el uniforme manchado de vino y la cara roja como un tomate. Se apoyaba en una chica de unos veinticinco años, muy delgada, que casi le sacaba la cabeza de altura. Le había desabrochado el corsé y hundía su nariz, encendida de brasa, entre sus escasos senos de pezones afilados. Notó un escalofrío al presenciar la escena.

Hacía ya tiempo que las cosas no iban bien con su mujer: la imposibilidad de tener hijos había creado una profunda brecha entre ellos. Últimamente casi no hablaban y cada uno se dedicaba a sus cosas sin inmiscuirse mucho en la vida del otro. Salvador se alegraba, pues así disponía de más tiempo para ocuparse en sus actividades políticas y sus aficiones. Estaba especialmente orgulloso de su magnífica colección de libros antiguos y desde hacía un par de años había comenzado una de postales eróticas. Pero todo cambió cuando consiguió aquella foto. La misma que llevaba ahora en el bolsillo de la chaqueta y que le había enseñado a la dueña del lupanar. Le encantaba la cara regordeta e inocente de aquella chica de aspecto infantil. Se había quedado prendado de sus trenzas y se había excitado fantaseando con la idea de que era una de sus alumnas del colegio. Sin embargo, al examinar la foto con más detenimiento reparó en una cosa que le llamó mucho la atención. Y había sido esa cosa exactamente la que lo había llevado al burdel. No el sexo, ni la atracción que la chica le pudiera causar. Tan sólo aquel pequeño detalle de la foto.

La muchacha se acercó a él sonriente. Cuando llegó a su lado lo besó en la mejilla y se presentó:

—Hola, guapo, soy Lali. ¿Cómo estás?

—Hola, soy Isidro Martín –mintió Salvador—. Eres preciosa, Lali.

—Gracias.

Salvador meditó unos instantes antes de continuar la conversación:

—No sé si lo recuerdas. Mantuvimos correspondencia sobre un asunto que me interesaba –las palmas de la mano comenzaron a sudarle y se las frotó contra el pantalón de pana.

—Ah, sí, Isidro –pareció un poco confusa—. Al principio no había caído, te imaginaba... diferente –detectó un atisbo de decepción en el tono de la chica y sintió rabia—. ¿Quieres subir a mi habitación para hablar con más tranquilidad?

Se fijó en que los ojos verdes de ella tenían un brillo muy especial. Era un resplandor acuoso que simulaba la superficie del mar y dejaba entrever pequeñas pinceladas de muchos secretos. Sí, Salvador estaba seguro de que tras aquellos magníficos ojos se guardaban muchos secretos, pero también sabía que él nunca podría conocer la mayoría de ellos. De todas formas, tan sólo le interesaba uno.

Lali lo cogió de la mano y lo arrastró hacia la planta superior.

—Eh, guapa –gritó Caridad desde abajo–, no te entretengas mucho que esta noche viene el Julián y a ese quiero tenerlo contento.

Lali suspiró profundamente pero no contestó. Llegaron a una habitación pequeña. Un espejo de pie se encontraba junto a la entrada, con un taburete. La cama, que se situaba en la pared izquierda, no era más que un catre y estaba deshecha. Salvador se preguntó si la chica ya habría trabajado esa noche, pero realmente no le importó. Sobre la mesilla de noche observó la cartilla del dispensario oficial antivenéreo que rezaba en grandes letras la palabra «SANA».

—Entonces, ¿lo tienes? –acometió Salvador, impaciente.

—Sí, claro. Pero no tengas tanta prisa.

Lali le acarició la entrepierna y notó cómo algo empezaba a crecer dentro de aquellos pantalones. Salvador la intentó besar, pero ella sólo le ofreció la mejilla. Esto a él le molestó bastante, era la misma actitud que mostraba su mujer. Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesilla de noche. Se acercó a ella y la empujó sobre la cama. Salvador se quitó los pantalones y la muchacha observó complacida sus calzoncillos abultados. Después le desabrochó el corsé y le quitó las bragas de un tirón. Lali alargó las manos y le bajó los calzoncillos, dejando a la vista su miembro, pequeño pero duro como una porra de la guardia de seguridad.

Salvador no se lo pensó más ni le dio tiempo a Lali para que se lo pensara. La penetró sin preámbulos, tal y como había estado acostumbrado a hacer con su mujer, y comenzó a entrar y salir, entrar y salir muy rápidamente. No tardó ni un minuto en terminar.

Lali sonrió cuando escuchó el fuerte gemido y notó cómo se derrumbaba sobre ella, quedándose quieto.

—¿Ya está? —le preguntó, intentando contener una risita juguetona.

—Sí, ¿de qué te ríes? —su semblante se tornó serio mientras se levantaba.

—De nada, hombre —repuso Lali.

Pero Salvador sabía que no lo decía en serio. Se estaba riendo de él. Lali observó su rostro severo e intentó relajar la situación.

—No te preocupes, cariño. Ha estado bien.

—Bueno, ¿dónde lo tienes? —comenzó a vestirse con la cara rasgada de ira y se aplicó las gafas de nuevo. Observó su figura en el espejo de pie y sacando un peine del bolsillo de su chaqueta arregló su pelo negro, con raya en el lado derecho, que desembocaba en una gran entrada. Al coger el peine se le cayó la postal de Lali que le había llevado hasta allí. Estaba tan enfadado que ni siquiera se agachó a recogerla.

—Lo tengo aquí, pero he cambiado de opinión con respecto al precio.

—¿Qué quieres decir?

—Mil pesetas es muy poco. Le tengo mucho cariño, ¿sabes? Lleva en mi familia demasiado tiempo y no me puedo deshacer de él por tan poco dinero —Lali había observado el ansia de Salvador por culminar la venta y se había dado cuenta de que podía pedir más. Ese dinero le vendría muy bien para llevar a cabo sus planes muy pronto. Quería montar su propio burdel. Ese era su gran sueño y ahora había visto una buena oportunidad para conseguir el dinero necesario.

—Pero es lo que acordamos por carta —la cara de Salvador empezaba a encenderse de ira. Sus palabras habían sonado amenazantes—. Tú aceptaste ese precio, ahora no puedes cambiar de opinión.

—Lo siento, Isidro, pero sí que puedo —se reafirmó Lali—. Si lo quieres son dos mil pesetas.

—Sólo he traído mil —Salvador avanzó con los puños cerrados.

—Bien —continuó ella mientras se arreglaba las horquillas del pelo frente al espejo—. Dame esos mil ahora y vuelve con otros mil en cuanto puedas. Entonces te lo daré. Por cierto, lo de esta noche corre por mi cuenta.

Salvador, que se encontraba a su espalda en ese momento, la cogió por las trenzas y tiró con fuerza. Ella gritó por el susto y el dolor, a la vez que él le estampaba un fuerte puñetazo en la boca para hacerla callar. Lali se desplomó conmocionada, con el labio partido, manchando de sangre la alfombra y su propia foto que la miraba desde el suelo, inocente y provocadora. Permaneció unos instantes sin moverse, con la vista fija en la foto, aquélla que se había hecho unos meses atrás y de la que tan orgullosa se había sentido. La realidad volvió a envolverla y el miedo recorrió su cuerpo cuando de nuevo tronó la voz quebrada de su agresor.

—¿Dónde está? —inquirió.

Lali se encontraba aturdida y no podía pensar con claridad. «Está fuera de sí», pensó. «Y es capaz de matarme». Se arrastró por el suelo hacia la cama, limpiándose con las manos la sangre de la boca.

—¿Dónde está? —volvió a graznar Salvador y al ver que no reaccionaba le propinó una patada en las caderas.

Ella se estremeció de dolor y arrastrándose de nuevo sacó un pequeño cofre de debajo de la cama. Lo abrió con manos temblorosas, aterrada por la posibilidad de recibir otro golpe. Salvador la observó satisfecho, sin perder el ceño fruncido y los puños apretados. Lali extrajo del cofre algo envuelto en un pañuelo de seda y alargó la mano hacia él que lo cogió, ahora sonriendo. Retiró el pañuelo lentamente, con cuidado y cuando por fin vio lo que había dentro sonrió aún más, mostrando sus dientes sucios y picados.

—Gracias —exclamó mientras hundía la mano en el bolsillo del pantalón y sacaba un fajo de billetes—. Ahí tienes las mil pesetas que acordamos. Espero que después de esto hayas aprendido a respetar un trato.

Lanzó el dinero sobre las piernas desnudas de la muchacha y se giró para marcharse. Él era un caballero y pagaba, eso quería que quedase claro. En el momento en que cogía el pomo de la puerta, Lali agarró el orinal de hierro que tenía bajo la cama, se levantó enfurecida hacia Salvador e intentó golpearle en la cabeza. No estaba dispuesta a que se repitiera la historia de nuevo, esta vez ella iba a controlar la situación. Ya bastaba de humillaciones. A pesar de su esfuerzo, él fue más rápido y le propinó una fuerte patada en el vientre antes de que pudiera alcanzarlo. Ella soltó el orinal y se desplomó en el suelo de rodillas. La cara de él había vuelto a ponerse seria, con los ojos muy abiertos, como si quisieran saltar fuera de las cuencas. Se agachó y recogió el orinal mientras ella sollozaba de rodillas balanceándose adelante y atrás.

—Me podías haber hecho mucho daño. Lo sabes, ¿verdad?

Ella levantó la cabeza y lo miró con la cara llena de lágrimas, pero desafiante. Salvador no pudo soportarlo más. Ninguna zorra de mala muerte podía provocarlo de aquella manera. Se había reído de él, lo había intentado engañar en el trato que habían hecho y después incluso había intentado matarlo. Sin lugar a dudas, carecía por completo de educación y merecía ser castigada. Clavó la vista en los ojos verdes de la muchacha, ahora enrojecidos por las lágrimas. Pensó de nuevo en todos los secretos que se escondían tras ellos y entonces se dio cuenta de que nadie jamás los conocería.

Levantó el orinal con su brazo derecho, furioso, mientras ella lo miraba sollozando, pero desafiante. Lali sabía lo que le iba a pasar. Ahora se arrepentía de haber intentado deshacerse de algo tan valioso para ella y su familia. En parte lo había hecho por el dinero, pero sobre todo había sido como una pequeña venganza contra su padre. Sintió una fuerte punzada de dolor en el pecho al preguntarse qué le contarían sobre ella a su pequeño Bartolomé. Ahora ya era tarde. Elevó los hermosos ojos verdes hacia aquel hombre. Salvador la admiró por un momento, pero no sintió ninguna lástima. Sabía que se lo merecía y cada uno debe tener lo que se merece.

Mientras descargaba el orinal sobre la cabeza de la muchacha, tan sólo pensó que Lali acabaría el día con la lección bien aprendida.

1

Pipipipí, pipipipí. Irene apagó el despertador de un manotazo y maldijo en voz baja. «¡Joder, qué pronto se hacen las ocho!». Enseguida escuchó la radio del vecino, que también se levantaba a la misma hora: «¡Por fin es viernes!». Con dos rendijas en lugar de ojos, se dirigió al baño procurando no hacer demasiado ruido porque su madre y su hermana todavía disfrutaban del placer del sueño. Su padre, sin embargo, hacía ya dos horas que se había levantado.

Se duchó y se vistió. Calentó el café que su padre le había dejado preparado. Estaba muy cargado, como les gustaba a ambos. Era como tomarse una buena dosis de pólvora justo antes de fumarse un cigarro. Pegó un primer trago y notó la explosión que se produjo en su cerebro, permitiéndole al fin abrir los ojos por completo. Encendió la radio para oír el informativo. Hablaban de la insoportable ola de calor que afectaba a toda Europa. En Francia ya habían muerto más de mil personas. Los cambios climáticos eran cada vez más radicales e Irene pensaba que quizás algún día fueran la causa del fin del mundo. Aunque también pensaba que si esto llegara a suceder, ella no lo vería.

Fijó la vista en el fregadero. La noche anterior le tocaba a su hermana poner los platos en el lavavajillas pero allí estaban, apilados y sucios. «Joder, cómo se nota que es la pequeña», pensó mientras se frotaba la barbilla con rabia. Entonces vio una nota de su madre sobre la mesa:

«Esta tarde es la prueba del vestido. ¿No te habrás olvidado?»

Pues sí, a Irene se le había olvidado completamente y ya había hecho planes que tendría que cambiar. Se quedó mirándola unos instantes: las letras redondas y concienzudamente iguales. Recordó lo que había aprendido en el curso de grafología que había hecho hacía un par de años: la persona que había escrito aquella nota era muy perfeccionista. Le gustaba tener siempre las cosas en su sitio y cuando se proponía hacer algo, normalmente lo conseguía. Además la segunda frase («¿No te habrás olvidado?») indicaba una cierta soberbia, como queriendo decir: «Sólo yo hago las cosas bien y siempre tengo que estar en todo. Si no fuera por mí...». Se preguntó qué pasaría cuando se levantase y viese la pila de platos en el fregador. Sin lugar a dudas eso molestaría a una persona como la que había escrito aquella nota. Sin embargo, sabía que su madre se limitaría a enjuagarlos y meterlos en el lavavajillas mientras justificaba a la pequeña de la casa porque tenía muchas preocupaciones. Si en vez de a su hermana le hubiera tocado a Irene, quizás la cosa fuese distinta.

Cogió las llaves y el casco y bajó al garaje. Su madre insistía en que se comprara un coche, uno pequeño, que ellos le echarían una mano para poder pagarlo. Pero,

como en tantas otras cosas, no le hizo caso. Le gustaba su Derbi Atlantis, pequeña, con la que se podía ir a cualquier sitio de Cartagena sin problemas para aparcar. Y si quería ir a Murcia o a la playa, Miguel tenía coche.

A aquellas horas no había mucha actividad. Una mujer con su perro caminaba por el paseo central de La Alameda. Una ruidosa máquina de limpieza arrastraba sus rodillos por la calle, rascando el asfalto. La mayoría de los cartageneros estaban de vacaciones o se iban a las casas de la playa.

En Cartagena hay mucha gente que tiene una segunda vivienda en la playa, la mayor parte en La Manga o en alguno de los pueblos del Mar Menor a los que pueden llegar en un tiempo reducido, media hora como máximo. No son ricos, ni derrochadores, sino gente de clase media que aprovechó la oportunidad cuando las casas aún tenían un precio razonable. Así, cuando empieza el calor sofocante del verano, muchos habitantes de Cartagena desaparecen para disfrutar de la playa (sobre todo si tienen niños), sin tardar mucho tiempo en llegar al trabajo.

Otros años, los padres de Irene también habían alquilado una casa en La Manga, pero éste habían preferido ahorrar para la boda. Además, se habían reservado parte de las vacaciones que iban a utilizar para preparar la boda con más tranquilidad.

Comenzó a girar por la plaza de España. Más tiendas y restaurantes de comida rápida. Todavía no hacía el calor sofocante que bulliría a media mañana. Entró en el paseo de Alfonso XIII. Procuró pasar despacio por delante de los cines para poder ver la cartelera, quizá pudiera convencer a Miguel para ir a ver alguna película durante el fin de semana.

El barrio de Los Mateos permanecía dormido. Allí no se había instalado la vorágine propia de la ciudad, quizá porque no había dejado de ser un pueblo. Estaba situado a las afueras de Cartagena, en las faldas de una colina coronada por una edificación llamada *el Castillo de los Moros*. Las casas eran de planta baja, multicolores, con puertas rosas y fachadas verdes; muchas ataviadas con cortinas de tela o de plástico para evitar que entraran insectos. Algunas familias habían instalado el salón en la puerta de la calle, colocando sobre la acera el sofá y las sillas que utilizaban durante la tarde-noche, cuando el sol ya estaba de retirada. Había basura por todas partes. La gente se conocía entre sí y se mantenían informados de si alguien que no era del barrio había entrado en su terreno.

Aparcó la moto en el almacén de la Asociación La Senda. María, la directora, le había dado permiso para hacerlo. Admiraba a aquella mujer, daba todo por la Asociación. Irene había sido voluntaria en otras ONG que no eran más que una excusa para ganar mucho dinero. Parte de los presupuestos millonarios de las subvenciones se desviaban para que algunas personas se compraran coches de lujo y se hicieran casas en las zonas residenciales, en vez de emplearse para ayudar a quienes lo necesitaban.

Pasó por una puerta interior a las oficinas. Vio a Rosaura, la contable, que salía del despacho de la directora para dirigirse a su sitio. Las demás mesas estaban vacías porque eran el lugar de trabajo de los educadores y de la trabajadora social. Los

educadores se encargaban, fundamentalmente, de dirigir las actividades que organizaba la Asociación con los chavales. Pero tenían su mesa para realizar informes y preparar dichas tareas. La trabajadora social concertaba citas en los domicilios de las familias, aunque algunas veces, entraba en el despacho de María con algún padre o madre. Lino, el psicólogo, tenía despacho propio.

—Buenos días –saludó Irene al tiempo que depositaba el casco en una estantería.

—Buenos días, guapa –le contestó Rosaura–. Han echado del trabajo a Joaquín.

A Rosaura le encantaba ir al grano y dar malas noticias.

—Joder, con éste no sé qué vamos a hacer.

Joaquín era uno de los chicos que acudían a la Asociación. Su madre lo había depositado allí con la esperanza de que pudieran hacer de él *un hombre de provecho*, pero iba a ser bastante complicado. Con dieciséis años ya había estado interno por robo en un centro educativo de menores.

—Ayer por la tarde estuvo su madre llorándole a María –Irene observó cómo seguía tecleando en el ordenador, como si no diera importancia a sus palabras, mientras se subía, de vez en cuando, los parabrisas ovalados que descansaban sobre su nariz.

Pero, claro, ¿qué va a hacer María? Es su madre la que lo tiene que educar, no nosotras, que ya hacemos bastante, ¿verdad? –y volvió a empujar las gafas para afianzar sus palabras.

—Sí, sí, claro –le contestó mientras intentaba escabullirse para hablar con la directora.

Se dirigió a su despacho. María siempre tenía la puerta abierta excepto cuando hablaba con alguno de los chicos.

—Buenos días. Me acabo de enterar de que han echado a Joaquín.

Una cabeza canosa y menuda asomó entre la pila de papeles que había sobre la mesa.

—Rosaura, ¿no? –María no esperó a que Irene le contestara–. Sí, le han echado del segundo trabajo en lo que va de mes. Esta vez ha contestado de malas maneras a un cliente de la gasolinera. Parece que Joaquín no le dio el cambio bien, el hombre se quejó y el chaval ha empezado a insultarle y decirle barbaridades. Ya te lo puedes imaginar.

—No sé qué hacer con él. Es como darse contra una pared.

—Escucha, Irene –María apartó un montoncito de papeles y se acercó más a la mesa–, no podemos hacer más de lo que hacemos y no sirve de nada querer ir más allá de lo que los chicos te permiten. Con Joaquín nos hemos equivocado. No está preparado para tener un trabajo. Deja que Lino se encargue de él.

Lino, el psicólogo, era un tipo un tanto excéntrico y amanerado pero que conseguía que los chavales lo respetaran y hacía un gran trabajo con ellos.

—Vale, tienes razón, María, pero...

—Habla con Carmelo, el de la gasolinera. Es un buen hombre. Entérate de si se ha molestado por lo sucedido y asegúrate de dejar las puertas abiertas para otro chico. Y no te preocupes, estas cosas pasan.

—Sí, ya lo sé. No soy nueva en esto.

María sonrió mientras Irene salía del despacho cabizbaja y se dirigía a su mesa.

Una vez sentada, encendió el ordenador. Cogió todos los informes que tenía a medias y decidió empezar su trabajo terminando algunos. Siempre burocracia, la odiaba. Podía aprovechar el tiempo mucho más estando con los chicos pero tenía que rellenar un sinnúmero de impresos para enviarlos a las Consejerías y al Ayuntamiento, que eran los que, al fin y al cabo, le pagaban el sueldo. Después, si le daba tiempo, se entrevistaría con un par de chavales y hablaría con algunas empresas para convencerles de que contrataran a alguno. Y, en cuanto hubiera reunido fuerzas, llamaría a la gasolinera.

Al poco se acercó Lino a su mesa. Llevaba una camisa hawaiana con unos vaqueros color crema. Su pelo rizado se aplastaba contra su cráneo bajo los efectos de la gominina.

—Hola, Irene, ¿qué tal va todo? Me he enterado de lo de Joaquín —el timbre de su voz era ligeramente agudo—. Pero no te preocupes por eso, ya sabíamos que había muchas posibilidades de que se cayera. Voy a hablar con él dentro de un rato y ya te contaré.

Se marchó a su despacho. Irene se quedó un rato pensativa. Se sentía responsable por lo que había ocurrido, pero volvió a pensar en las palabras de María. Se encontró un poco mejor a la vez que conseguía controlar sus pensamientos de culpabilidad.

Retomó el trabajo donde lo había dejado. A las diez llamó a Carmelo, el de la gasolinera. El hombre casi pidió perdón por haber despedido al chaval e Irene se tranquilizó. Se disculpó ella por el comportamiento de su pupilo y quedaron el lunes por la mañana para una nueva entrevista con otro muchacho. Aún no sabía a quién le ofrecería el puesto, esta vez tendría que seleccionarlo con más cuidado.

Al poco sonó su móvil. Rosaura no se privó de echarle una mirada de reproche desde detrás de sus enormes gafas. Irene, incómoda, contestó la llamada. Era Miguel.

—¿Sí?

—Irene, soy yo. Te llamo porque ayer te noté un poco rara y quería saber si ya estabas bien.

—Espera, que salgo fuera —e dirigió al almacén donde guardaba la moto, al tiempo que meditaba qué contestación debía darle, si ni ella misma sabía qué le pasaba—. Pues, sí, ya estoy un poco más tranquila. Ya sabes que mi madre y yo... —dejó la frase sin terminar.

—No sé, a lo mejor es por todo lo de la boda. Yo también estoy un poco nervioso. Mi madre, la pobre, se va a quedar sola...

—Está tu hermana —Irene se arrepintió al momento de decirlo. El tema de la madre de Miguel había sido motivo de muchas disputas—. Pero sí, es normal que te preocupes por ella, al fin y al cabo nunca has estado fuera de tu casa.

Irene intentaba apaciguar las cosas pero no hizo sino empeorarlas. Miguel había estudiado en Murcia y todos los días hacía cien kilómetros para ir y volver a su casa. Nunca se le había pasado por la cabeza la posibilidad de alquilar un piso y salir de las faldas de mamá.

—Un hijo no supe a otro —esta era una de las frases preferidas de la madre de Miguel—. Y deberías comprender que una mujer sola y mayor como ella debe estar acompañada en todo momento y más si tiene a sus hijos —su tono era seco.

—Perdona, Miguel, no debería haberte dicho eso.

—No pasa nada. Te tengo que dejar.

—Vale.

Miguel se le declaró una noche del mes de diciembre de hacía dos años, introduciendo el anillo de prometida en una copa de champán. Le recitó unos versos que había tomado de un libro llamado *Poesías para enamorar* y le dijo que era la mujer de su vida. Irene rió y se sintió protagonista de una película romántica. Le dijo sí cien veces, mientras pensaba que en cuanto se casaran podrían pasar juntos las noches enteras, que ya no tendría que aguantar a su madre, que podría invitar a su amiga Clara a su casa siempre que quisiera y dijo sí cien veces más.

Después vinieron los arduos preparativos. Hablar con curas de iglesia, con dueños de restaurante, fotógrafos, floristas... Hacía ya seis meses que había sido la cena de pedida. Se trataba de una tradición que ambas familias habían querido respetar. Durante esa ceremonia el novio pedía formalmente la mano de la novia. Por supuesto, estaba todo acordado de antemano y muchos de los preparativos ya en marcha. Pero en esta celebración ambas familias tenían la posibilidad de conocerse mejor. Aquella cena corría por cuenta de los padres de la novia, según mandaba la tradición. Fueron a cenar al restaurante Sacromonte, una cena de lujo. Paseó la mente por el paté con manzana que tanto había disfrutado y después el regalo que le hizo a Miguel: un Rólex auténtico.

Había tenido que ahorrar mucho para comprárselo, pero sabía que a él le hacía mucha ilusión.

La pantalla del ordenador se había quedado negra, así que movió el ratón y la página del procesador de textos apareció ante ella. Rosaura se levantó de su mesa y le explicó que salía al bar de enfrente a tomar un café con su marido.

Irene se sintió mejor. Hizo una llamada a su novio desde el móvil.

—¿Sí?

—Hola, cariño.

—Hola.

—Siento mucho lo de antes.

—No pasa nada —Irene sabía que sí pasaba, porque todavía estaba serio.

—He pensado que podríamos hacer algo esta noche.

—Bueno.

—¿Qué te apetece?

—Por mí, alquilamos dos películas y nos vamos al piso a verlas –contestó Miguel con un atisbo de ilusión.

Irene sabía perfectamente cuál era el plan: primero ir al videoclub y seleccionar dos películas, una a gusto de cada uno. Después comprar una pizza mediana, con la que te regalaban otra, que ya te habían cobrado tres veces con la primera. Por último, ir al piso y desplomarse en el sofá para sumergirse en una sesión intensiva de cine comercial. Habían repetido el ritual hasta la saciedad. Ésta era la gran noche para Miguel, e Irene nunca le había dicho que estaba un poco aburrida, que le apetecía salir con amigos o ir a cenar fuera, que le gustaría ver películas en el cine, que estaba cansada de las pizzas grasientas y recalentadas.

—De acuerdo.

—Entonces nos vemos a las nueve en el videoclub.

—Vale.

—Irene

—¿Qué?

—Te quiero.

—Yo también a ti.

Irene volvió a mover el ratón para devolver la vida a la pantalla del ordenador. Por suerte no estaba allí Rosaura para ver la lágrima que se deslizaba por su cara.